

Soledad, Desconfianza...

La Tragedia de Isabelita Perón

Por Mario Diamant

(La Opinión, Buenos Aires)

preguntaba en un marcado acento madrileño, si les gustaría tomar algunos mates. Algunas tardes salía de compras por la Gran Vía, o por el Paseo de la Castellana y aprovechaba para traerle una corbata o una bufanda al general.

DIFERENCIAR A AMIGOS DE ENEMIGOS

DESDE sus primeros días en Puerta de Hierro, la señora aprendió a vivir custodiada, a renunciar al anonimato, a entender que era moradora de un centro de peregrinaje. El influjo del general atraía a los oportunistas como el papel cazamoscas. Era preciso aguzar la inteligencia para decantar al amigo del enemigo.

A esta altura de las circunstancias, creo haber escuchado todas las explicaciones posibles sobre la vinculación de la señora con su ex secretario privado José López Rega. Las alusiones a la "santa familia", a sus prácticas y a sus ritos, podrían fácilmente llenar un libro. Sin embargo, por encima de todos los juicios, siempre he tenido la convicción de que los fundamentos de esa relación debían rastrear hacia atrás, a la época de Madrid, en medio del desfile incesante de leales y traidores que parecían vestir todos el mismo uniforme.

La influencia de López Rega, aceitados ya sus mecanismos de filtro, llevaron a erigir una muralla —una muralla concreta de ladrillo, y una alucinante de odios— en torno de la residencia presidencial. Como custodia del poder, la señora era una pieza demasiado frágil y un tesoro demasiado valioso para ser expuesto en libertad.

Tal vez por saberse custodia de un legado tan valioso, es que la señora debió haber desconfiado de sus propias dotes, apoyándose más y más en el reducido séquito que la rodeaba. El sirviente pertinaz de Puerta de Hierro fue metamorfoseado de criado en dueño. Sirviéndose de vastos ejemplos en la historia, debió haber comprendido que su oportunidad consistía en esperar una suerte de microrrealidad aislada del exterior.

La residencia abierta se convirtió en un palacio lúgubre montado sobre sucesivos filtros. La señora recibía a lo sumo dos diarios por día —Clarín y La Razón— "porque los restantes están vendidos a la subversión". Se espían las entrevistas, las conversaciones se escuchaban a través de puertas entreabiertas. Todo personaje que evidenciara síntomas de haberse ga-

nado la estima de la señora era inmediatamente atacado y sobre su imagen llovían al día siguiente centenares de estigmas.

La soledad custodiada de la señora fue acrecentándose a medida que pasaba el tiempo. No había una amiga sobre la que vertir una palabra de su propia intimidad; las salidas eran verdaderos despliegues militares, donde una muralla de guardaespaldas reditaba la cárcel presidencial.

QUEBRANTAMIENTO DE SU DELICADA SALUD

LA salud comenzó a quebrantarse. Dormía mal y cuando lo hacía, debía soñar con rejas que se franqueaban, portones que se abrían, vidrios opacos a través de los cuales comenzaba a filtrarse la luz. Debía soñar con las tardes en la Gran Vía, con las caminatas ocasionales por la calle de Serrano, con vidrieras repletas ante las cuales podía detenerse un rato intemporal y elegir.

Las mañanas debían devolverla a la realidad oscura de ese palacio habitado por hombres en el cual era a la vez monarca y prisionera. Desde la ventana de su cuarto tal vez observaba la llegada y la partida de grandes automóviles colmados de guardaespaldas, manipulando fusiles y ametralladoras. Sin embargo, no puede detenerse a curiosar. Le han dosificado con antelación las horas de su día. Le han dicho que deberá hablar, sonreír, discutir y firmar carpetas de documentos cuyo contenido ignora. Ese mundo de hombres, de juegos de hombres, de palabras de hombres la abrumba. Generales que arrastran consigo el olor de los cuarteles andanos sombríos de la primera hora, representantes de estrategias, tácticas, intereses, vinculados a historias que ella desconoce. Como una alumna aplicada deberá pronunciar en un discurso palabras que nunca fueron propias.

Funcionarios que buscan a la vez mostrarse eficientes y halagadores sin parecerlo le exponen problemas que ella no podrá resolver. Presidenta (se lo han dicho) que cada pregunta, cada afirmación está llena de intenciones. Trata de recordar algunas palabras que el general ha dicho sobre el tema. Repite algunas, pero no la satisfacen. Si le dieran tiempo para pensar...

¿Qué actitud tomar en la Asamblea de Países del Tercer Mundo, en Lima? ¿Qué hacer con las propuestas rusas sobre energía nuclear? Señora, el general pensaba que sobre este tema... ¿Qué decisión, habrá, señora respecto de la modernización de las Fuerzas Armadas? Le advierto, señora, que las intenciones del Brasil...

Tal vez el mediodía le devuelva la sensación de que, afortunadamente ha pasado un día más. Y no lo ha hecho tan mal, después de todo. Mientras el automóvil presidencial recorre a toda velocidad el trayecto que ya de la Casa de Gobierno a Olivos, puede observar a través de la ventanilla que la gente se detiene a aplaudirla. Le reconforta que la gente la quiera. Tal vez sea lo único reconfortante. Sus

(Los corresponsales extranjeros que han estado llegando a Buenos Aires en las últimas semanas, dedican la mayor parte de su tiempo a descubrir qué pasa en la residencia presidencial de Olivos. Recientemente, La Opinión ordenó a sus redactores mantener conversaciones, que no fueran entrevistas formales, con la mayor cantidad de personas que tuvieran acceso a la residencia presidencial. Mario Diamant, dramaturgo y enviado especial de La Opinión a muchas misiones en el exterior, fue elegido para la edición final del material recogido. El resultado, es la nota que sigue a continuación).

PARA muchos, la tragedia comenzó el 10. de julio de 1974, cuando la cureña militar bañada por la lluvia arrastró los restos del general. Y esta mujer endeble, ágil, debió alzar su llanto por encima del llanto de todos: el pueblo había perdido su caudillo; ella, en cambio, había perdido su esposo.

El país la vio fortalecerse en su dolor. La vio en pie junto al féretro, mientras miles y miles de personas desfilaban silenciosamente para tributarle el último adiós. La vio seguir estoica en su palidez la misa réquiem en la Catedral y escuchar el testimonio de quienes habían sido sus amigos y de quienes habían sido sus enemigos.

Y después la vio cerrar las puertas de la residencia. Aquí empieza, en realidad, la tragedia.

Me pregunto si ella se planteó los mismos interrogantes que nosotros. Me pregunto si comprendió cabalmente en esas primeras horas de soledad y recogimiento que ella no había quedado para llorar a su difunto esposo, sino que, en adelante, debía gobernar a una nación.

Es difícil saberlo. Y sin embargo, como si todos, he procurado conocerla. A veces la miraba discursar por televisión, dirigirse a un dignatario, y me preguntaba qué cosa estará pasando por su mente. Inversamente con gente que la conoció en Madrid y con quienes lograron frecuentar su compañía en Buenos Aires. Los testimonios no hacían más que diluir su imagen, como un rompecabezas que nunca terminaría de armarse.

Las circunstancias de su primer encuentro con Perón, su viaje por América Central, su vinculación con el general durante el exilio, su casamiento y la residencia en Madrid no sirven más que para componer un anecdótico. La verdadera María Estela Martínez de Perón se nos escapa en medio del farrago de pequeñas historias.

Tal vez lo que nos impulsa a desentrañar su naturaleza, más que la de cualquier dirigente, es que, como personaje de la tragedia griega, se vio precipitada al frente de acontecimientos por una suerte de fatalismo ajeno a su voluntad. Por eso, por esa convicción de que su historia está más cerca de nosotros que la de esos héroes iluminados desde la cuna, es que preocupamos más por sus sentimientos que por su doctrina.

La gente que la conoció recrea sus días en Madrid. A veces solía golpear tímida la puerta del estudio, cuando el general se hallaba con algún visitante, y

grandes depresiones surgían más que nada de las dudas que le hacían sentir la indiferencia de la gente.

Los ocasionales retiros a Chapadmalal le devuelven parte de la alegría perdida. Conversa con la mayor cantidad posible de personas cuando está López Rega. Pero ese paraíso termina demasiado pronto. Extrañas conspiraciones parecen agitarse en Buenos Aires. Quieren separarla de aquellos en quienes confía, quieren dejarla sola, más sola de lo que está.

El dirigente del partido opositor se sienta frente a ella y pretende hablarle como un padre. Pero no es su padre. Es un viejo zorro del poder. Se lo han advertido y no quiere dejarse engañar. Los hombres de lustrosos uniformes se dirigen a ella con respeto. Pero ella percibe el tono de condescendencia. Entonces responde con dureza. Los ojos se le llenan de lágrimas. Estos hombres sólo entienden de una cosa: de poder. Y por el momento es ella quien lo ejerce.

Finalmente debe transar. Está enferma. No tiene fuerzas. Admite la separación de López Rega pero insiste en imponer sus condiciones.

POCO A POCO SE HA IDO QUEDANDO SOLA

A HORA todo ha pasado. Ese palacio clausurado se ha convertido en un sitio aún más hosco y más extraño. Lentamente, todos se han ido. Primero el general, después López Rega. Los amigos de López Rega se apresuran a ocupar su lugar. Vuelven a cercarla. A hablar de estrategias, de tácticas. Pero no es lo mismo. En el fondo, los senadores, los políticos, los militares todos aspiran para sí ese cofre valioso que ella guarda. Quisiera serle fiel a ese legado, pero no sabe cómo hacerlo, ni a quién darlo.

Tal vez se siente cualquiera de estas noches en la soledad de ese castillo amurallado, de esa cárcel de lujo, y piense en todos aquellos que han pasado y aún pasan a su lado. Esos a quienes el general manejaba y despreciaba, divertido, pero seguro y genial. Y entonces quizás comprenderá que el poder, el carisma, la vocación política, la voluntad de triunfo no se heredan. Cuando se va su dueño, sólo pueden quedar, en uno, los recuerdos; en el país las enseñanzas.

LA ONDA

LUIS GUILLERMO PIAZZA

CUESTA ABAJO EN LA RODADA...



Eva Perón.

O "Argentina is Dying", como señala el único diario bonaerense que salva la censura. Una crónica desolada de una ciudad condenada.